

Las Artes Visuales que Mostró 1999

En 1999: nuevas salas de exhibiciones, mayores medios técnicos para nuestros artistas, más presencia chilena en citas internacionales, abundancia de nombres nuestros nuevos, un mercado de arte contemporáneo que se mantiene activo. ¿Significa todo eso aumento de calidad dentro de la producción global de la década que termina? ¿Hubo novedades realmente promisorias en el ámbito de los jóvenes en vías de darse a conocer? ¿Conservó el año recién pasado algo de aquella beligerancia creadora demostrada en nuestro país casi sin tregua, durante los años 70 y 80? En los principales hechos artísticos ocurridos a lo largo de los últimos doce meses podríamos hallar algunas respuestas.

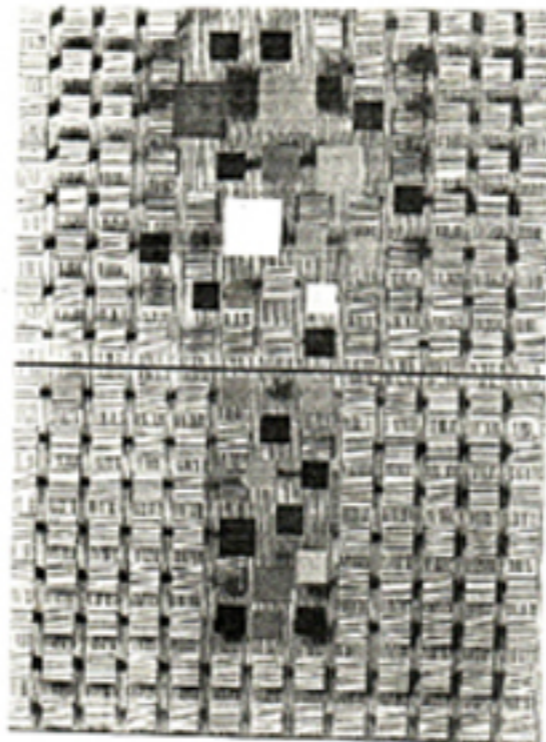
Importante misión esclarecedora tienen las retrospectivas: en buena parte de ellas se logra establecer el lugar adecuado que nuestros artistas ocuparán en la historia nacional. Comencemos, entonces, por destacar las que nos parecieron las más sólidas del año. Por su nivel de calidad sin desmayos, por su creatividad siempre renovada y ajena a toda rutina, recordemos en primerísimo lugar las de Ramón Subercaseaux —la única de un representante del siglo pasado— de Matilde Pérez —capaz de no desmerecer frente a una potencia extranjera de verba parecida, expuesta por esos mismos días—, del grabador y performer Francis-

Los desarrollos ópticos, y la magia expresiva emanada de ellos, hicieron de la exposición de Jesús Rafael Soto la cumbre del año. Otras visitas notables correspondieron a Magritte, la Tauromaquia de Picasso y el muestrario de arquitectura francesa contemporánea.

Por Waldemar Sommer

co Copello. A éstas cabe añadir, por su dignidad y firmeza de oficio, las de Jaime Antúnez, Nelson Mora y Gustavo Poblete; asimismo se exhibió parte de los dibujos y documentales de Juan Downey.

En cuanto a la producción más reciente de nuestros famosos, sobresalieron Roser Bru, quien supo extraer de Goya frutos lozanos; Tacla y sus genuinos desmontamientos arquitectónicos y paisajistas; juntos, José Balmes y Gracia Barros —cima de los nue-



Jesús Rafael Soto, lo mejor del año "Colour centrale et vibration".

vos realistas nacionales—; Ricardo Yrarrázaval, con pintura digital; Rodolfo Opazo; las figuraciones "salvajes" de Benmayor; las "ramitas" de De la Puente, capaces de hacerle entregar lo mejor de sí. Sin embargo, a través de la instalación se consiguieron dos hitos admirables: la intensa y dramática oda visual al Norte Grande, de Ismael Frigerio —¿qué empleo notable de la tecnología!— y la transfiguración gozosa de la artesanía, como búsqueda irónica

del alma patria, en manos de la dupla Cabezas Truffa.

Por la misma ruta instaladora entregaron exposiciones interesantes la Casa Colorada —Salvo N. González una serie de nombres poco conocidos todavía: Del Río, Zomosa, Velasco, Enríquez, Guerra y Ramírez. En la Posada del Corregidor, Rubio y Wynecken, Hamilton y Silva, y Josefina Fontecilla dos veces, con poéticos rescates de un ayer puesto al día. Sumemos a las instalaciones citadas,

la pictórica-fotográfica, llena de gracia humorística de Manuela Viera Gallo; y la religiosa de Manuel Antonio Aguirre.

Entre lo mostrado individualmente más propenso a materiales tradicionales, debe recordarse, alrededor del árbol, a dos autoras en las antipodas: Adriana Asenjo y sus xilografías desnudas, Eliana Simonetti y sus exuberancias catalogadoras. Por supuesto, no olvidemos la gráfica volumétrica de Teresa Gazitúa, los grabados miniaturescos de Natasha Pons, el zoológico de Soledad Omeñaca, las pinturas "soñadas" de Lorenzo Moya, los trabajos con texturas de Paz Lira, la "Alicia" pictórica de Dünner, las serializaciones de Ximena Velasco.

Una amplia exposición sobre libros hechos por artistas, en la que pudo apreciarse el desarrollo nacional al respecto. Desde nuestra vieja Lira Popular, hasta Zinia Ramírez. Algunos concursos sirvieron para reunir a variados realizadores. Así ocurrió con el certamen Johnnie Walker, con la limpieza alucinante de un Montes de Oca y las construcciones con desechos de Rainer Krause; el Philips, iniciativa interesantísima dedicada a rescatar valores muy jóvenes. Merecen mencionarse también los dos concursos convocados por una misma galería para ilustrar el tarot —lindos volúmenes de Benjamín Lira, entre otros— y el vino. Un encuentro santiaguino en el MAC congregó a galos y chilenos como Gonzalo Díaz, Paz Errázuriz y otros.

Procedentes de Francia llega-

ron testimonios del provinciano museo contemporáneo de Rochecouart —Boltanski, Pistoletto, Koumellis y otros—, una muestra excelente de arquitectura francesa actual —Jean Nouvel, Piano, De Portzamparc, Calatrava y otros. Y un conjunto individual del Garouste más reciente. En la importante retrospectiva sobre el gran belga René Magritte, nuestro público ansió ver más pinturas capitales suyas. De la Tauromaquia de Picasso hubo abundancia de grabados y dibujos únicos. Pero la exhibición más importante y bella de 1999, y probablemente, de muchos años, fue la del maravilloso venezolano Jesús Rafael Soto, expresión máxima del Op Art de nuestro siglo.

De la misma manera procedieron de nuestro continente las instalaciones desiguales de la japonesa-norteamericana Yoko Ono, los estupendos maletines mágicos de la mexicana Mónica Castillo, las perspectivas y sombras desquiciadas de la brasileña Regina Silveira, los ensamblados pictóricos del ecuatoriano Viteri. De Europa, en cambio, descollaron las video-instalaciones del español Muntadas; el germano grupo DARM —con Matthias Köster a la cabeza—; las pequeñas fotografías de la primera mitad del siglo, de la italiana Tina Modotti.

Durante 1999 debieron lamentarse, por último, los fallecimientos de Alberto Pérez —inesperado—, Mario Carreño, Gustavo Carrasco, Gregorio de la Fuente y Francisco Otta. **AL**